PERIÓDICO DEL SERVICIO EXTREMEÑO DE SALUD

Salud Extremadura SES

SALUD EXTREMADURA PERIÓDICO MENSUAL DEL SERVICIO EXTREMEÑO DE SALUD, DIRIGIDO A TODOS LOS PROFESIONALES DEL SISTEMA SANITARIO PÚBLICO DE EXTREMADURA

Director: Tomás Pulido Cordero. **Redacción:** Ana García Ortiz y María José Rebollo Ceballos. **Consejo de Redacción:** Gloria González Conde, Juan Carlos Escudero Mayoral y Miguel Simón Expósito. **Secretaría:** Avda. de Cristóbal Colón, s/n. Mérida 06800 (Badajoz). Teléfono: 924-382505. Correo electrónico: saludextremadura@ses.juntaex.es **Delegados de Área de Salud:** Ismael Rodríguez Hernández (Área de Coria), Juan Monge Martín (Área de Plasencia), Francisco Javier Mendo Vidal (Área de Navalmoral de la Mata), José Antonio González Barra y Montaña Vivas Jiménez (Área de Cáceres), Ricardo García Vinuesa Palo (Área de Badajoz), Eulogio González González (Área de Mérida), Juan Cruz González (Área de Don Benito-Villanueva) y Miguel Sánchez Ortega (Área de Llerena-Zafra).

Edición: SERVICIO EXTREMEÑO DE SALUD
JUNTA DE EXTREMADURA
Consejería de Sanidad y Consumo

Diseño y distribucción: EDITORIAL EXTREMADURA, S. A.
Impresión: SERVICIO DE IMPRESIÓN DEL OESTE, S. L.
Quedan reservados todos los derechos. Depósito Legal: CC-270/2002

EL MIRADOR

Rostros, almas y espejos

Francisco Vaz Leal
Médico

Dice un conocido aforismo que la cara es el espejo del alma y estoy seguro de que es así. Al menos, yo tengo esa impresión cada mañana cuando, expulsado sin clemencia del jardín del sueño por el despertador, me enfrento a la implacable honradez del espejo. Allí, buscando por los entresijos del sopor que todavía se empeña en dominarme, enfrentado a la severa franqueza del azogue, trato de rescatar mi esencia más profunda para zambullirme en la vida. Y allí está ella, mi cara, mirándome entre incrédula y jocosa, burlándose de ese espectáculo tragicómico que es una persona recién nacida a la luz de la mañana. Y allí está también ella, mi alma, luchando por ser parte esencial de un nacimiento abrupto y cotidiano. Es un proceso lento, casi imperceptible: poco a poco van encontrándose los dos, rostro y alma, como sin ganas, como ignorándose pero con un afán desmedido de hallarse y fundirse en una sola cosa. Por eso, al principio, cuando aún no se ha producido esa conjunción inapreciable, no me reconozco y me siento extraño a mí mismo; pero luego, poco a poco, voy sintiéndome yo completamente, y voy reconociendo cada una de mis arrugas y mis gestos. Y, así, me identifico y entro en el día hermanado con mi ser, uno y verdadero, diferente y vivo.

He repetido tantas veces este rito elemental que, si alguna vez salgo de la cama a trompicones, ando como extraviado, como ajeno a mí, recorriendo el pasillo de mi casa o vagabundeando en la cocina con conciencia de ente inanimado, casi de ánima en pena. Hasta que, superada la urgencia que me sacó intempestivamente del lecho, puedo plantarme ante el espejo y observar mi rostro despacito, para escudriñar con serena terquedad el mapa de mi rostro. Entonces todo vuelve a estar en calma. Quizá a algunos les parezca exagerado, pero no lo es en absoluto. Al fin y al cabo, en mi cara están escritos cada uno de los momentos que viví, en sus arrugas permanecen tatuados todos los dolores y los malos ratos que hube de bandear, y también las alegrías, los gozos previstos o imprevistos con que la vida me premió. Mis labios guardan aún muchas de las palabras que en mi vida pronuncié, las promesas que no tuve fuerzas para cumplir, las cosas que dije y nunca debí decir, los versos y las oraciones que cuando niño me enseñaron, y hasta los besos que de buena o mala gana regalé. Por eso dije que estaba convencido de que la cara es el espejo del alma; y aún diría más: creo que la cara es el alma misma, que el rostro es el lugar en el que el espíritu gusta de aposentarse para ser testigo inaprensible de la vida.

"... poco a poco van encontrándose los dos, rostro y alma, como sin ganas, como ignorándose pero con un afán desmedido de hallarse y fundirse en una sola cosa"

¿Por qué vericuetos transitará esta mujer intentando encontrarse? ¿Qué nacerá de esa inquietante conjunción triangular de dos rostros y un alma? Es difícil imaginarlo.

Viene esta larga reflexión a cuento de una noticia que, no sin inquietud, leí en la prensa hace unos días. Supongo que lo recordarán: una mujer, en Francia, ha recibido el rostro de un donante muerto. Al parecer, fue su propio perro el que le destrozó la cara, intentando reanimarla tras haber realizado un intento de suicidio. Como médico nada tengo que objetar y siento que tan justificados están los mordiscos compasivos del perro como la compasiva intervención quirúrgica. ¿No es mitigar el dolor y reparar el daño nuestra tarea primordial? Además, estoy seguro de que, tras haber querido darse muerte, la paciente podrá recibir su nuevo rostro como una parte más de su ser redivivo, en una fantasía de resurrección que quizá la ayude a seguir adelante. Pero, ¿qué quieren que les diga?, como persona que busca su razón de existir cada día en la maraña de la vida no dejo de experimentar una zozobra que supongo también compasiva, imaginando los esfuerzos de la paciente cada mañana por encontrarse, por buscar en sus arrugas los retazos dulces o amargos del pasado, intuyendo su desesperación al no hallar el camino capaz de devolverla a sí misma. Ya ven: estoy seguro de que allí, sobre el espejo, campearán los recuerdos, los besos y los sueños de alguien que ya no está en el mundo, de un difunto generoso que regaló, con una parte de su rostro, un jirón de su experiencia disputada a la muerte. ¿Por qué vericuetos transitará esta mujer intentando encontrarse?, ¿qué nacerá de esa inquietante conjunción triangular de dos rostros y un alma? Es difícil imaginarlo. Quizá, superada la curiosidad inicial, la paciente de cara reconstruida haga todo lo posible por no verse en el espejo, tal vez lo evite para evitar así enfrentarse a la imagen de una aniquilación verdadera, a la evidencia del derrumbamiento definitivo de una identidad fragmentada, alienada y extraña, porque puede suceder que, a pesar de los pesares, le resulte imposible hallar el rastro de su alma asolada en el espejo cotidiano de su rostro.

LA GUINDA

Ángel Paz Rincón

Palabras

Hay un lugar en nuestro ser en el que nacen las palabras, a medias entre la mente y el cerebro; biología y pensamiento; materia e inmaterialidad. Nos escuchamos antes de hablarnos. Para ser necesitamos la palabra y en las palabras somos. Nos producimos con el logos. Nuestro yo es una Palabra.

Hay Palabras aladas que nos llevan a la utopía, a especular con la inexistencia, a dar vida a la muerte.

Palabras rostro que dan la cara por nosotros, nos identifican.

Palabras trampa, escribir en rojo la palabra azul, contradicciones que se van colando en nuestro texto.

Palabras innatas, aquellas que se quedan en la punta de la lengua y son sustituidas por el gesto.

Palabras exafóricas que nos indican el lugar de los objetos y en esa relación relativizan nuestro lugar en el mundo.

Palabras vicarias, la del ventrílocuo, que constituyen nuestra identidad en un espejo que espejea, en el lado virtual, aquella imagen inexistente y real.

Palabras memoria, hilos que enhebran nuestra identidad, nos mantienen firmes en la inestabilidad del efímero presente.

Palabras débiles que con su fuerza nos liberan de la contundencia de la violencia del prepotente.

Palabras que nos miran, nos dicen y nos leen nuestra conciencia.

Palabras pregunta que hacen brotar las respuestas en el venero oculto de nuestra mismidad.

Palabras insonoras que son oídas antes de ser pronunciadas, que nacen antes de emerger, como el futuro indefinido nace del presente determinado.

Palabras poliédricas cuyo significado provoca mil colores diferentes, textos que constituyen contextos e, incluso, hipertextos.

Palabras regalo, aquellas que donamos a los otros y aquellas que nos prestan en el intercambio de lenguajes e identidades.

Palabras osadas, lapsus lingüísticos, que se independizan de nuestras intenciones y nos sorprenden con su autónomo significado.

Palabras que, como cantos rodados, van recibiendo los golpes de la historia que reflejan en sus formas

¡Si nos quitan las palabras, nos hacen polvo!